



Suplemento Revista Academia

VIII

Concurso Artístico y Literario

Centro de Humanidades



Facultad de Medicina
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo



Primavera / Verano
2018







En una ceremonia realizada en la Casa O del Barrio Lastarria y con la exposición de las obras ganadoras en las categorías de fotografía, pintura o dibujo, cuento y poesía, el Centro de Humanidades de la Facultad de Medicina Clínica Alemana Universidad del Desarrollo reconoció a los participantes del Concurso Artístico y Literario 2018. En su octava versión, el concurso mantuvo su convocatoria a toda la universidad, logrando una activa participación de docentes, funcionarios y alumnos de distintas carreras de la UDD, recibiendo incluso obras desde la sede Concepción. En este contexto, Guido Larson, director del Instituto de Humanidades UDD, quien también fue jurado en la categoría de cuento y poesía, destacó el alcance del certamen y señaló que actividades como ésta son fundamentales

para los objetivos de la Universidad del Desarrollo y se condicen con la apertura institucional de incluir distintas disciplinas en la formación de los estudiantes. “La universidad es un proceso de transformación en el cual crecemos como personas y proyectos como éste reflejan lo que queremos para hacer universidad”, finalizó.

Susana Dörr, directora del Centro de Humanidades de la Facultad de Medicina destacó la calidad de las obras ganadoras integrado por el vicedecano de la Facultad de Arquitectura y Arte UDD, Óscar Mackenney ; el fotógrafo y docente de la carrera de Periodismo UDD, Fernando Gómez; Cristián Barros, abogado, escritor y docente UDD y Guido Larson; el artista Coco González y el pintor Juan Subercaseaux.



“¿Qué se siente ser un murciélago?”

El filósofo de la mente norteamericano, Thomas Nagel, escribía hace varios años atrás un artículo titulado “¿Qué se siente ser un murciélago?” donde, en clave metafórica, abordaba uno de los problemas más complejos y difíciles de la filosofía: la naturaleza de la consciencia.

Todos nosotros tenemos experiencias de consciencia distintas. Al probar una barra de chocolate, al tocar una superficie suave, al leer un cuento o un poema. Cada vez que hacemos este tipo de cosas, provocamos en nuestro interior reacciones muy particulares que marcan, por un lado, la diferencia entre las distintas experiencias; y, por otro lado, la plasticidad y amplitud de la consciencia humana. Describir las sensaciones, emociones, procesos y contenidos de las experiencias es muy difícil, habiendo un área de la filosofía específicamente dedicada a esta exploración (la fenomenología), lo que es indicativo de que – al posar nuestra mirada sobre la subjetividad interna de cada uno – muchas veces el lenguaje se hace escaso.

El problema, diría Nagel, es que esa vida interna y subjetiva de cada uno de nosotros parece representar un abismo. Una distancia insalvable entre lo que pensamos que queremos comunicar y lo que terminamos comunicando. Entre lo que sentimos, experimentamos y pensamos frente a nuestras experiencias de consciencia, y lo que podemos decir de esos mismos fenómenos. Entre lo que provoca la lectura de un texto en mí y lo que esa misma lectura causa en ti. Parafraseando al filósofo norteamericano: podemos saber absolutamente todo lo que ocurre con el cerebro de un murciélago. Podemos visualizarlo, podemos determinar las descargas eléctricas que ocurren en su interior, los procesos

químicos que se dan en su fisiología, los mecanismos que el animal ocupa para orientarse; y la explicación física de esos mecanismos. Podemos hacer todo eso, pero nunca podremos saber qué se siente ser un murciélago. Vale decir, qué siente el murciélago al experimentar cada uno de esos procesos. Y no cualquier murciélago, sino que ese murciélago particular.

Decimos todo esto porque en concursos asociados a la creatividad humana, como los que se premian por el Centro de Humanidades de Medicina, hay reconocimientos que no siempre se hacen explícitos pero que, en último término, se asocian a este abismo en la consciencia. Porque claro, es posible estandarizar (de forma más o menos arbitraria) cierto tipo de reglamentaciones para intentar hacer uniforme la evaluación: gramática, sintaxis, redacción. ¿Pero qué hace que un cuento o un poema se ubique por encima de otro? ¿Qué hace que un cuento o poema obtenga un primer lugar en vez de un tercero o un cuarto? No es posible reducir esas diferencias a cuestiones de gramática, porque la creatividad humana no se define por estandarizaciones, sino, precisamente, por aquello que despierta en nosotros: reflexión, emoción, sensaciones. Los cuentos y poemas nos trasladan, nos vuelcan a la imaginación, nos cautivan y seducen. Pero hacen todo eso en nosotros. Y la experiencia de consciencia que ello provoca es (o puede ser) muy distinta entre quienes tienen la fortuna de experimentarla.

Porque, al final, la conmoción que puede provocar un poema, o el interés que puede despertar un cuento no van dado solamente por cuestiones que podamos objetivar; sino por aspectos de nuestra interioridad que dependen, la mayor parte de las veces, de un cúmulo infinito de variables. El abismo, entonces, no pasa

solamente por la imposibilidad de explicar coherentemente el impacto que determinados trabajos causan en uno, sino por el hecho que el impacto mismo depende de factores que quedan para siempre inmersos en una subjetividad intransmisible.

Los trabajos ganadores del concurso Artístico Literario del Centro de Humanidades de Medicina tocaron una fibra personal. Y hay cierto grado de decoro en reconocer esto. No tanto porque se manifieste una suerte de sensibilidad tímida, sino porque reconocer a un ganador es – subyacentemente al menos – reconocer a un perdedor. Binomios como ese son siempre problemáticos porque son injustos. Y la razón pasa porque aquellos que no fueron reconocidos no redujeron el abismo. Lo que es interesante es que no había manera de reducirlo porque esos trabajos estaban destinados a hablarle a otra subjetividad interior, una que, en este caso al menos, no tuvo la difícil tarea de evaluar.

Sin embargo, precisamente ahí se encuentra el valor. En el hecho de que el fomento de la creatividad humana requiere reconocer la imposibilidad de saber, en estricto rigor, qué sintieron esos autores al momento de plasmar sus ideas a papel. En la imposibilidad de dar justicia y sentido a lo que nos quisieron decir. Pero también en observar que la gama multicolor de trabajos refleja una necesidad inagotable de, al menos, intentar transmitir un universo subjetivo insondable que, paradójicamente y sólo por un breve momento, nos permite saber qué siente ese otro en un acto de creación.

Guido Larson

Director Instituto de Humanidades UDD



Cuento & Poesía

Comentarios obras

Categoría Cuento

Primer lugar

Tremendismo, expresión popular, memoria del exilio chileno. Se trata de un relato breve, escrito en clave directa y coloquial, que plasma el desarraigo de la diáspora chilena durante un “dieciocho” celebrado en medio de las brumas escandinavas. He aquí un relato directo, íntimo, que sin embargo evita el tono fácil y melodramático. Alusiones al repertorio de emblemas de lo propio, desde las “longanizas” a la “cueca” elementos que son marcadores también de la alienación y desarraigo.

Segundo lugar

Una fantasía claustrofóbica, inspirada por Kafka o Poe, escrita en un inglés literario y fluido. El relato hace un retrato de la alienación personal, o bien de una extraña culpa asociada a una niña enigmática de quien somos objeto de terror. Culpa, castigo, sueño, pesadilla, se mezclan en este relato breve y exasperante. En efecto, esta vez nosotros somos el monstruo.

Tercer lugar

Un escenario gótico, onírico, donde se despliegue el protagonismo reticente de una niña en su paso de la pubertad a la madurez. El viejo motivo del monstruo, del habitante del límite, de lo extraño, de lo acechante, es reexplorado aquí en clave psicoanalítica. El monstruo traba amistad con un niña, quien sospecha que se trata solo de un amigo imaginario, una entealequia. El reencuentro con el monstruo es un signo de lealtad a la infancia y sus sueños, siempre cercanos a la pesadilla.

Categoría Poesía

Primer lugar

Una celebración de la fuerza y la voluntad, un pequeño ensayo sobre la vocación panteísta que subyace en nosotros. Es un canto de poder, extático, chamánico, purificador. La sangre oscura debe ser purgada, la mente debe dialogar con la mente exterior del mundo. Es un poema intenso, que recuerda por momentos a Dylan Thomas o Pasolini. Citando al autor debemos decir: “la muerte, con sus negras túnicas, no te dañara con su guerra”.

Segundo lugar

Desamor y nostalgia física. Un poema de un adiós que se niega a formularse. He aquí una escritura tersa, inmediata, suavemente simple. El amante se pregunta si él carga con el fracaso, que también es un signo del amor convertido en memoria y ceniza.

Tercer lugar

Un paisaje laberíntico, a menudo asfixiante, presidido por la pregunta del por qué escribir. El autor nos asoma a la sombra del fracaso y el amor que siempre huye, llevado por una musicalidad a veces áspera, siempre interesante, dominado por fuertes aliteraciones. Tratándose de una pregunta sin respuesta posible, el poema nos conduce de umbral a umbral, de limbo a limbo. Tras cada imagen vibra una ausencia poderosa.



Cristián Barros

Abogado y escritor, dirige la *Cofradía de los Lectores de la Facultad de Medicina C. Alemana UDD*

Primer Lugar

“El dieciocho”

Oscar Fertilio
Servicio de Ginecología,
Clínica Alemana

Ese 18 de septiembre toda la familia se levantó temprano, justo cayó domingo y los festejos los veníamos preparando hacia varias semanas. Yo como padre de familia, la Rosa, mi mujer e Ilich, mi hijo de 16 años, nos levantamos excitados por nuestras Fiestas Patrias. Además, vendría mi compadre que vive cuatro pisos más abajo y traería sus cassettes de cuecas y tonadas. Su hija había hecho unas banderitas de papel que colocamos como guirnalda en el living-comedor y en el mini balcón donde la parrilla esperaba. A lo mejor venía el Juan y su señora, que por haber vivido en Chillán sabían de los trucos de las buenas longanizas. Unas cervezas y unas botellas de vino guardadas serían el elemento básico para los brindis correspondientes.

El día estaba lluvioso, lo que ya era casi costumbre para los 18 ¡Como si no lo supieran los fonderos!

A las doce comenzamos a encender la parrilla, a mí me gusta hacer el fuego con leña, así que tenía varias ramitas secas que había juntado desde hace un mes en mi recorrido de vuelta del trabajo por un parque vecino.

Costó que encendiera, primero porque el viento era fuerte y las gotitas de la amenazante lluvia obraban en contra. Además, la madera no era muy buena ¡Quién tuviera unos palitos de espino como los que recogía en el campo! Al fin se encendió lo suficiente como para poner la carne y se empezó a asar lento, como a mi me gusta, para que guarde el ‘juguito’. Mi compadre le quiso tirar cerveza pero yo lo impedí porque eran de las buenas y teníamos pocas. Lo dejé al cuidado mientras yo iba a buscar las empanadas al negocio de “La Chilenuita” donde las había reservado hace 15 días.

Al volver, los encontré jugando a las 4 esquinas: uno gritaba: ¡San Pablo con Matucana! esquina norponiente ¿qué hay? ¡la funeraria San Cristóbal!, gritó uno ...No, equivocado, está la panadería La Selecta ...perdió ...un trago al seco de penitencia y las risas consiguientes, y así seguían: ¡San Antonio con Merced! ¡Huérfanos con Estado! ...Casi todos reían, algunos sólo escuchaban, como reflexionando y los menos permanecían en un silencio añorante.

Pero al fin el brindis los unía y alguien contaba una anécdota que culminaba en un VIVA CHILE y seguían los brindis:

Jugo de las verdes matas,
Tú que me hieres, tú que me matas,
Contemos del uno al cero,
Y métete por este agujero ¡¡Salud!!

Entre brindis y brindis, las penitencias de Las 4 Esquinas más la cerveza y el vino, la tarde avanzó y el asado no aparecía. “¡Es que la madera es muy re’ mala y no da suficiente calor!”, decía mi compadre. “Las longanizas todavía están crudas y hay que comerlas bien asaditas porque hace tiempo que me llegaron”, decía la comadre “¿no será porque la manteca no está buena?” dijo otro. No. “Si en el paquete decía clarito Made in Chile” se defendía mi compadre. “Claro, y el ají decía entre las pepas Made in Colchagua” ironizó alguien al mismo tiempo que se lamentaba que no hubiera llegado el Merquén a tiempo.

Para remate empezó a llover más fuerte, si parecía que iba a nevar, por lo que decidimos meter la parrilla al comedor, con el secador de pelo de la Rosa avivamos el fuego, abrimos las ventanas para que saliera el humo y nos concentramos en la carne. Todo comenzó con los brindis:

Porque, ninguna nube
Por tenue que sea,
Logre empañar el horizonte
De nuestra amistad ¡¡Salud!!

-Dijo mi compadre- y yo contesté:

Aguardiente y vino puro
Es la bebida de los reyes
Agua toman los bueyes
Que tienen el cuero duro!

Al fin se consiguió todo: la carne a punto, jugosita, las ensaladas

crujientes y nos disponíamos a comenzar a disfrutar el asado cuando de pronto unos golpes violentos en la puerta nos hacen saltar ¡¡POLICIA!!

En ese momento la memoria emotiva hizo de las suyas: mi compadre se escondió en el baño, mi hijo corrió y tiró al excusado un cassette de Los Quilapayún, mi señora tiró por la ventana La Caperucita Roja – Por si acaso–dijo- mientras yo daba vuelta los cuadros para que en vez de Víctor Jara y Salvador Allende apareciera la Virgen de Guadalupe y un retrato mío de uniforme haciendo el Servicio Militar.

¡¡POLICIA!! insistieron.

Decidí abrir. Dos policías me enfrentaron preguntándome dónde se había iniciado el fuego pues unos vecinos turcos del piso superior habían dado el aviso de incendio por el humo que salía por nuestra ventana.

Dimos las explicaciones, apagamos la parrilla, sacamos el humo, cerramos las ventanas y los policías se fueron.

Vuelta la calma, mi compadre se tiró una paya:

Esto nos pasa por ser morochos
¡El asado se nos funó, lo que es el colmo!
¡¡¡ Putas que cuesta celebrar el dieciocho
desde que vivimos en Estocolmo!!!

Segundo Lugar

“Nightmare”

Diego Bustos
Becado de Medicina Interna,
2º año, Facultad de Medicina
C. Alemana UDD

I woke up immersed in a deep darkness, maybe the purest I have ever experienced. I couldn't see anything, not even myself. This made me doubt whether I was even there. I started telling myself that I was still dreaming. “Just try to remain” I thought nervously. However, I knew that something was wrong. It wasn't long until my false sense of calm developed into anxiety. My heart started beating rapidly. My breathing became fast and heavy. I didn't even know where the ceiling was but I tried to stand up multiple times, falling with each attempt.

My anxiety turned into horror when I realised that I couldn't recognize my own body. My hands lacked sensation as if I was wearing very thick gloves. I tried to touch my legs and it was as though they weren't mine. I was shaking, scared to continue examining myself and worried by what I was going to find. I started crawling in a random direction, hoping to find a door or a window that could provide light. At the same time I began to wonder whether my actions were finally being punished.

“Nonsense” I yelled, or at least I tried to, but no noise came of out of me. “There is no such thing as karma, life doesn't work that way”; I thought firmly. “This must be a nightmare and it will be over soon”

I repeated confidently. While I advanced slowly, I started to hear a faint stomping noise. The floor began to rumble. Some footsteps were coming towards me. I tried to run, but yet again I couldn't stand up, so desperately I started crawling in the opposite direction. It was still too dark to see where I was going. The stomps became louder and louder. Debris started crashing onto me from the ceiling.

Suddenly, the stomps stopped and they were replaced by a screech that sounded like a rusty, old door opening. The whole room was immediately filled with blinding light. A giant silhouette obscured my view. It was a young girl. She was probably about 10 years old. I called out to her for help, but again no noise escaped my throat. I started crawling towards her desperately. She was enormous, truly a giant but the moment she saw me, she screamed, “AAAAAAAAAH!”. It was the loudest and sharpest scream I had ever heard. She added “A spider!” before turning and running away, leaving me petrified and confused.

I started looking around trying to find the spider but there was nothing in the room except me. I stood still for a couple of seconds as my heart continued to pound in my chest. My mind felt blank and filled with thoughts simultaneously. Slowly I realised that the room was now drenched in light and I examined my body. A cold chill spread across my body as though it had turned to ice when I noticed that my arms and legs were long, black, crooked and hairy. Before I had time to process what was happening the stomping footsteps were back, this time even louder. I panicked. On the verge of tears I started running clumsily with my many legs until I saw him. A tall, thin man. He must have been about 30 years old. I felt as though I knew him but I couldn't remember where we had met. I had a flash back from the night of the car accident and the pictures they showed on the news the day after. It couldn't be... He had grown older, but it was the same boy. The son of the man I killed that night. He stepped towards me slowly, looking down on me with repulsion. Again I tried to talk and again no words came out. He gave me a look filled with hatred. I think that somehow he knew who I was. He knew that I killed his father, that I was a murderer. “Please spare me!” again I tried to yell but it was futile. Before doing anything he told the little girl “Don't worry, daddy's here to save you” with an unsettling smile on his face and a diabolic laugh. Suddenly CRUNCH! He squished me under the dirty heel of his shoe. Everything went black.

All I could feel was pain until I woke up in the middle of the night, back in my bedroom and drenched in sweat. As though this had been the worst nightmare I had ever experienced. I sat on the edge of the bed gasping with relief “It was all a dream”. As I began to strip the damp sheets from my mattress I realised that my pillow was stuck to the sheets. I tugged at it and had to strain to remove it. What I saw next left me petrified. The pillow was fixed to the bed by a spiderweb and under it there was a man's footprint.

Tercer Lugar

“Mi Amigo del Pantano”

Macarena Kozma
Psicología, 5º año

A veces, sin darnos cuenta, nos perdemos en este mundo entre la multitud, nos volvemos uno más... Con la mirada perdida y vacía, Maya miró el cielo en busca de una respuesta. Apenas si veía el camino, los árboles pasaban a gran velocidad al igual que todo lo demás, dejando ver sólo formas borrosas. El cielo era gris, un color bastante triste... nostálgico. Lo cual sólo lo asociaba a todos los sentimientos que invadían a Maya en aquel viaje en tren que había tomado casi como una medida desesperada.

Maya podía recordar el día anterior, mientras un sentimiento aterrador se apoderaba de ella. Eran las seis en punto, se encontraba saliendo del trabajo al cual asistía día tras día hace unos cuatro años. Hacía el camino habitual a su hogar, a su pequeño apartamento, con pasos lentos, casi automáticos. Levanta la vista para ver su alrededor, pero sus ojos sólo dieron con una multitud de personas grises, tan grises como el color del cielo, caminando a un ritmo casi infernal. La misma cantidad de pasos, la misma velocidad, la misma carencia de emoción... todos iguales, en la misma dirección. Ninguno levantaba la vista, ciegos en su camino, sordos al mundo. Sólo vivían para seguir un mismo camino.

Maya nunca se había puesto a pensar en cómo había llegado a ser su vida, cómo era, como la de todos los demás. Era incapaz de recordar en qué minuto tomó las decisiones que tomó o cuándo dejó de ser la persona que alguna vez fue. Sólo podía recordar una época lejana en la cual fue feliz, en la que su sonrisa era más grande y más brillante que el mismo sol. Cuando pasaba sus mañanas y algunas tardes en compañía de su viejo amigo viviendo aventuras.

“Pantos”, ese era su nombre. Algo ridículo pensó Maya de inmediato, lo cual fue remplazado por una tímida sonrisa, al recordar a su amigo. Un gran monstruo, dirían muchos al verlo, pero para Maya siempre fue algo más que no era capaz de describir. Era grande, o así lo recordaba debido a su corta edad. Su hogar era el pantano que se situaba en medio del bosque detrás de la casa de sus padres. Quizás la palabra hogar no era la adecuada, él estaba hecho del pantano, siendo su cuerpo ramas, plantas en todos los tonos verdes y cafés que pudiera imaginar. Sus ojos eran pequeños en comparación con su cuerpo, pero dejaban ver un alma inmensamente pura. Y algo singular de él, Pantos no hablaba, recordó Maya. Sólo observaba, su mirada expresaba más que mil palabras.

Maya siempre se caracterizó por ser inquieta, una niña llena de energía y con una gran imaginación, lo cual no siempre era del agrado de sus maestros o sus mismos padres, quienes intentaban mantenerla al margen y controlada la mayor parte del día. Por lo que su único escape era aquel bosque.

Con la mirada aun perdida en el camino y con la nostalgia apodándose de ella, Maya se perdió en sus memorias, con la intención de reconfortarse a sí misma e intentar recordar en qué minuto dejó de ser quien era.

No recordaba el momento exacto en que ocurrió, el porqué, ni el cómo. Sólo podía verse saliendo de su casa camino al bosque. Algo en él le llamaba la atención, de eso podía estar segura. ¿Eran los colores?, ¿Sus ansias de explorar?, ¿Sus ansias de adentrarse en un mundo mágico y desconocido como en sus cuentos para dormir?, quizás eran todas pensó. Al principio, le pareció un simple bosque como cualquier otro, el bosque detrás de su casa. Pero siguió adentrándose en él, atravesando un portal que formaban las ramas de los árboles a su alrededor, con la esperanza de encontrar un hada, príncipes y princesas, algo.

Caminados unos minutos que le parecieron eternos, Maya recordó que, al salir del portal, allí estaba aquel pequeño y profundo pantano. Con sus aguas turbias y espesas por la cantidad de ramas y otras cosas que se encontraban en su interior. Le llamó la atención, pero no se quedó mucho para investigar, sino que pasó de largo y comenzó a vivir su aventura. En ese entonces Maya se imaginó como una exploradora en medio de un bosque mágico, en busca de cria-

turas que domar. Se imaginó trepando los grandes árboles, balanceándose en las grandes alturas, peleando con monstruos, salvando animales. Ella podía ser lo que quisiera, cuando quisiera y nadie podía convencerla de lo contrario. ¿Por qué había cambiado tanto?

Jugó por un par de horas en el bosque, cuando decidió volver a casa no quería preocupar a sus padres y de cierta forma se sentía algo sola en el bosque realizando sus aventuras sin ningún amigo. Y fue en ese momento, cuando se disponía a volver, que Maya escuchó el sonido del agua del pantano moverse abruptamente, lo cual llamó su atención, haciendo que se acercara hasta la orilla, mientras veía el movimiento del agua casi furiosa, como si se fuera a salir de su lugar de un momento a otro. En aquel momento, Maya no supo si correr o ser valiente y enfrentar lo que fuera que se encontraba allí, sería otra misión dentro de su afición como exploradora experta, pensó. Por lo que se quedó inmóvil por unos segundos, hasta que tomó la decisión de quedarse.

Lentamente, del agua salió aquella criatura, el monstruo de casi tres o cuatro metros de altura, cubierto por ramas y plantas, escurriéndole el agua por todas partes. Maya nunca había visto algo como aquello anteriormente, era extraño, pero no sentía temor alguno. Es más, quería hablarle. Y eso hizo. Nadie podría hacerle daño, ni siquiera ese monstruo. Era una gran exploradora.

La criatura se quedó inmóvil observándola, curiosa como ella, pero no dijo palabra alguna. Por otro lado, ella no dejaba de hablarle. Y ante su silencio absoluto, Maya se rindió luego de una hora, dejándose caer en la orilla de lo que quedaba del pantano con las piernas cruzadas. En silencio lo observó.

Aquel día Maya volvió tarde a casa y sus padres la regañaron, pero no le importó, sólo podía pensar en el monstruo. La misma palabra “monstruo” la mantuvo despierta gran parte de la noche. Eso no era un monstruo como los que se escondía bajo su cama, en el clóset o en la oscuridad de su habitación, aquello era algo más. La curiosidad la hizo volver día tras día a su encuentro, siempre con estrategias nuevas para intentar hacerlo hablar. Le llevaba libros, juguetes, comida, ropa, de todo lo que pudiera encontrar en su casa. Pero la criatura sólo se limitaba a observarla con extrañeza.

Maya recordó lo exhausta que aquella situación la tenía, no lograba hacer que hablara, no importaba qué hiciera, qué le llevara... nada parecía interesarle lo suficiente, por lo que un día se rindió y decidió sólo ir y hacerle compañía. Pensó que quizás sólo era un gran bebé y que no sabía hablar, que estaba solo y necesitaba un amigo. Los días transcurrieron y Maya llevaba libros para leerle, contándole todas las historias que a ella le encantaban, le llevó comida para que compartieran, le llevó ropa para que no pasara frío, y así surgió su amistad con “Pantos”, a quien nombró inmediatamente luego de

rendirse en sus intentos de hacerlo hablar. Un nombre curioso, pero en ese momento le resultó genial.

Pantos seguía observándola, pero ya no se sentaba únicamente con ella a las orillas del pantano, sino que la seguía a través del bosque en sus aventuras. La acompañaba, la defendía, la guiaba, se había convertido en su fiel compañero. Su mirada también cambió, pasando de la mera curiosidad, a eso que las personas expresan cuando se sienten bien, cómodas, felices. Maya aun podía recordar su mirada, esa mirada que la hacía sentir especial, única, que nada podía impedirle ser maravillosa.

Al recordar aquello, los ojos de Maya se humedecieron. Esa niña sabía lo que hacía, era lo máximo, pensó. Y ahora... ¿Quién era ella?, ¿Qué había hecho con su vida? ¿Por qué se sentía así de miserable?

Maya le contó a sus padres de Pantos y sus aventuras, y en un principio ellos la alentaron sonriéndole. Pero con el paso del tiempo y los años, sus miradas se volvieron reproches, no los entendía. “Ya no tienes edad para tener amigos imaginarios”, “debes madurar”, “enfócate en tus estudios”, “no es real”. Maya recordaba lo mucho que la hirieron esas palabras y lo mucho que batalló con ellas. Pantos era real y era su amigo. Pero perdió eventualmente la batalla y dejó de ser esa niña invencible, curiosa y maravillosa. Creció... Maya creció y se sumergió en el mundo extraño y desconocido que sus padres llamaban “la vida real”.

Iba a la escuela diariamente por el día, hacía sus deberes, estudiaba, ayudaba con los quehaceres de la casa y se preparaba día a día para cumplir con sus obligaciones, con lo que se esperaba de ella. Ya casi no tenía tiempo para visitar a Pantos, quien cada día parecía perder altura, mientras su mirada se volvía triste. Ya no la veía como antes...Hasta que un día, Maya simplemente dejó de ir a su encuentro...

Un brusco movimiento la sacó de sus recuerdos llevándola a la realidad, el tren se había detenido. Había llegado. Miró por la ventana y vio la estación de trenes, los árboles y las casas alrededor. Nada había cambiado, todo se veía igual que hace años. Lo cual la reconfortó. Maya tomó sus maletas y emprendió su camino a la casa de sus padres. Deseaba volver con todas sus fuerzas, con la intención de encontrar respuestas, de volver el tiempo atrás por un momento...

Maya se encontraba frente a la vieja casa en la que vivían sus padres aún. Ellos no estaban, volverían en unas cuantas horas, lo cual le dio tiempo para subir a su habitación y dejar sus pertenencias. Al entrar, nada había cambiado mucho, como era de esperarse. Su cama seguía allí, sus cuadros, la pintura en las paredes... todo seguía igual. A excepción quizás de que se encontraba más limpia desde su ausencia. Maya recorrió el dormitorio con nostalgia,

recordando a la niña que una vez había vivido allí, hasta detenerse en la ventana. Sus ojos dieron inmediatamente con el bosque. Su pecho se apretó. Sintió el dolor de la pérdida y las ansias de recuperar lo perdido. Sintió al ver, que quizás allí había dejado a aquella niña, que allí encontraría respuestas a sus interrogantes. Y sin darse cuenta, sin saber cómo pasó, Maya se encontró corriendo al bosque, por un camino conocido, pero que se sentía y veía como algo nuevo, distinto. Él corazón se le apretó aún más. Nada había cambiado en su casa, ¿Por qué el bosque sí?

Maya se encontró rápidamente con el pantano, luego de seguir el camino que formaban los árboles. El pantano se veía más pequeño de lo que recordaba... lo cual se lo atribuía a que ella había crecido. Era extraño, era distinto... Maya se asustó al no encontrarse con Pantos... y se quedó sentada en la orilla unas horas, pero nada pasaba. Le habló al agua para ver si aquello servía, pero nada. La desesperación y el vacío se apoderaron de ella nuevamente.

En eso, Maya cayó en la cuenta de algo que no quiso ver antes. Ella había emprendido aquel viaje esperando recobrar la fantasía, la magia, a esa niña que dejó atrás. Pero todo seguía igual, la casa, la ciudad, incluso el bosque. Todo había sido su imaginación, la fantasía nunca fue, ni sería parte del bosque. Pantos sólo fue un invento, algo de lo cual se aferró y olvidó. Desconcertada y aturdida, Maya permaneció en silencio contemplando el lugar que alguna vez había sido su refugio, el lugar que la hizo sentirse maravillosa, única y poderosa. Maya se largó a llorar. Sentía dolor, dolor por haber perdido su luz, esa luz que alguna vez había sido todo. Lloró por horas o eso creyó, ya el tiempo había perdido su importancia. Se sentía sola, abnegada a la vida que había llevado hasta entonces.

Una pequeña brisa de viento irrumpió en el silencio del bosque y alborotó los cabellos de Maya tapándole los ojos. Lo cual la irritó un poco más de lo que estaba. Lentamente y con pesar se descubrió el rostro, pudiendo ver nuevamente.

Pero lo que encontró frente a ella la desconcertó. Una gran criatura verde se encontraba frente a ella, con la mirada tan perdida y triste como ella, no era tan grande como lo recordaba, pero era él. Casi como si se tratara de una proyección de ella misma.

Maya no podía creerlo, era él... debía estar loca pensó. A su edad era imposible volver a ver a su amigo imaginario, sus ojos debían estar engañándola. Por lo que se acercó para tocarlo y lo sintió, lo pudo oler. Lo veía. Era real y estaba allí frente a ella. Una pequeña esperanza se apoderó de ella, pero se extinguió de inmediato al ver la tristeza en sus pequeños ojos negros. Maya le habló e intentó consolarlo, diciéndole que había vuelto, que se quedaría. Pero Pantos negó con la cabeza y la siguió observando. A lo que Maya no supo qué hacer.

Pantos se acercó a ella extendiendo uno de sus brazos en dirección al bosque. Ella volteó y miró a su alrededor. No entendía qué deseaba decirle, el bosque no era el mismo, lo sabía, pero ¿Qué?... ella no podía hacer nada, no tenía el poder de cambiar las cosas. Pasaron horas, quizás días, en los que no supo a que se refería su amigo... pero volvió todos los días a su encuentro como había prometido. Hasta que finalmente algo cambió en ella, algo la hizo entender.

El bosque no había cambiado, siempre había sido así. La que había cambiado era ella. Ella había crecido, ella había dejado que otros la cambiaran, que otros se hicieran cargo de su vida. Sus recuerdos del bosque nunca fueron "reales" o así podía entenderlo Maya hoy en día, pero alguna vez lo fueron, alguna vez el bosque fue mágico, alguna vez Pantos fue real, porque ella lo hizo real, porque sus ojos miraban al mundo de manera distinta y eso era lo que la hacía sentir única y maravillosa. Ahora el bosque era un reflejo de su vida actual, de la realidad que podía observar con sus ojos. Pero no siempre fue así, ella lo había creado, era su mundo, ella tomó las riendas de eso. Pero dejó que el mundo la cambiara, sin decir nada al respecto, sin luchar, dejando de lado quien quería ser. Era su culpa, pero podía cambiarlo. Eso quería pensar.

Maya alzó la mirada y vio a su amigo sentado junto a ella, nuevamente con un brillo especial en sus ojos. Al fin lo había entendido...

"Perdón por hacerte esperar viejo amigo... he vuelto"

Con una sonrisa, Maya cerró los ojos y abrazó a su amigo con tanta fuerza, que sintió que volvían a ser uno, como en los viejos tiempos. Al abrirlos, Pantos ya no se encontraba, había desaparecido o vuelto a su hogar. Y Maya hizo lo mismo.

Caminó de vuelta a la casa de sus padres, con otra mirada, con la intención de volver. Sin saber lo que esperaba encontrar concretamente, Maya siguió caminando, con la seguridad de que ahora la vida y las cosas no necesitaban ser mágicas como cuando era niña, para que fueran fantásticas en nosotros. Sólo es cosa de perspectiva y de ser fieles a nosotros mismos, mirar al mundo con ojos diferentes.

Primer Lugar

“Heridas”

Oscar Ávila
Funcionario: Asistente de
Biblioteca Sede
Ainavillo – Concepción

Escupe la furia que emana de la herida
que activándose todo lo convierte en sentimiento y poesía
donde el orgullo no tiene en el pensamiento cabida
donde el amor y el odio abrazados encuentran su valía

Bebe del ardiente cáliz de ese otrora vino amargo
embriégate de su púrpura ambrosía
coge lo adverso y ponlo de tu lado
encamina el rencor por la más maldita vía

Sincroniza el poder cósmico en cada letra y verso
invocando a los entendidos en aquel ritual
que la estrellas sean testigos de tu esfuerzo
que la razón no opaque tu actitud más pasional

Deja que la sangre sucia escurra y se una con la tierra
siente que nuevos bríos a tu instinto regresan
la muerte, con sus negras túnicas no te dañará con su guerra
al ver que tus bestias con su negra codicia se besan

Busca la experiencia del sufrir valientemente
y habla en tu propia lengua a tus heridas
fieles acompañantes de carne y mente
identificación de humanidad, al ser transportado a otras vidas

Segundo

Lugar

“Autosabotaje”

Dominga García Sáenz
Medicina, 5º año

Como nunca más creí que lo harías
fijaste tu mirada en la mía,
de esa forma en que hace años no sentía,
con esa chispa que a pocos le dedicas.

Sé que esperas mi respuesta, pero
yo solo quiero alargar este momento.
Alargarlo ahora, que sé que no te tengo,
¿recuerdas cómo eras conmigo en otros tiempos?

El fuego de tu mirada me quema,
e impaciente esperas tu respuesta.
No es admiración como lo fue en otra era,
es esperanza de que algo aún valga la pena.

Tranquilo, sé qué debo decir.
Siempre lo he sabido, siempre ha estado en mí.
Todo en lo que tú crees, también siempre lo creí.
Aún cuando por mí dejaste de sentir.

Siento mis labios moverse, hablando,
pero lo que dicen no es lo que estabas esperando,
ni tampoco lo que yo tenía preparado.
¿Por qué he dicho eso, si sé que está errado?

Se apaga el fuego de tus ojos frente a los míos,
y retiras tu mirada para volver a tu exilio.
¿Por qué dije eso?, no me lo explico.
Es como si quisiera sabotearme a mí mismo.

Me lamento y tu otra vez estás ensimismado.
Me duele la oportunidad que he desperdiciado.
Quizás para siempre la puerta se ha cerrado.
Quizás nunca vuelva a tenerte de mi lado.

Tercer Lugar

“¿PARA QUÉ ESCRIBO LO QUE ESCRIBO?”

Javier Ignacio Flores
Psicología, 4º año

¿Para qué escribo lo que escribo,
si mi canto es invisible
y tu cuerpo un tormento?

¿Para que escribo lo que escribo,
si mis versos no te alcanzan
y mi beso solo un roce
en esos “todavía” que me penan?

¿Para qué escribo lo que escribo,
Si no naces y no mueres
Si no sufres y no hieres
Si no hay valla
que retenga el empuje de mi semen
expansivo?

¿Para qué?,
¿si hay tantos para qué
de los para qué para?

¿Para qué? Si no hay sortilegio
ni verano sin diosas,
¿Para qué pararme y si he decidido
repararme en tus reparos que me paran
en paradas de Páramo y Pedro?

Paralelo Paracelso,
si de parar he aparentado
paravientos de paralelepípedos
y peras para anquilosados escribas.

¿Para qué, para quién, para cuál?
Parásitos paréntesis de buenos para nada.
Parapentes parentescos de paralela realidad.
Paráfrasis de parloteo metafísico, párame ahora
o seguiré mañana.

Y así, y así, y así.

[¿Para qué queremos a Sartre
si el no-ser no es un arte
que se cultive en artefactos
de artesanos fornicantes?]

¡Que mi rima sea una mueca que enfurezca al cual acecha
oportunidades vanas en caudillos de ramadas!

Pero no seguiré esperando que me grites,
pues ya sé lo que me sigue
en tus pasillos impermeables de
placeres penetrables.

Entonces pito y repito lo que Platón acaso no dijera,
en tertulia repelente de retórica estridente,
en retorno eterno de aventurarse a luminosa:

“Ya que fue en los coros de antiguas tragedias
—esas que siempre fueron lo mismo—
donde el para qué ya se dijo,

porque escribo lo que escribo,

En esos escritorios que se han ido o que no existen,
en el umbral de esos «casi» que casi me gustaron tanto,
en aquella luz escurridiza que se fugó en los túneles decrecientes
a los cuales he sabido mirar.” (Flores, 2631).

Fotografía

Comentarios obras

Primer lugar

Interesante contraste del habitar en la ciudad, donde cada uno realiza su vida en forma individual, aun cuando los separan pequeños espacios físicos la independencia de cada personaje en la imagen es total. No hay ninguna conexión entre ellos, no hay miradas que los conecten, muy interesante de ver ya que se van descubriendo estos aspectos a medida que se va revelando la imagen. Técnicamente bien resuelta tanto en exposición como en la composición de los elementos.

Segundo lugar

Interesante punto de vista para dar otra mirada a la ciudad. El velo intencional de la imagen da coherencia al título de la obra.

Tercer lugar

Buen retrato que marca en forma clara la etnia del personaje, sus vestimentas, entorno y rasgos. Su composición, usando la regla de los tercios, da armonía y delicadeza a una piel dura y rasgada por el Sol.



Fernando Gómez
Fotógrafo y docente UDD

Primer Lugar



"Desarrollo Lado B"

Luis Vargas
Estudiante Medicina 7. año

Segundo Lugar



“Sol de invierno”

Juan José Calderón
Track Ciencia Tecnología e Innovación.
Docente curso inteligencia visual y espacial

Tercer Lugar



"Inti Awaq"

Carmen Gloria Narváez
Directora Ciencias Básicas, Facultad Ciencias de la Salud Concepción

Pintura & Dibujo

Comentarios obras

Primer lugar

Arturo Ayala, docente del hospital Padre Hurtado, ha sido el ganador del primer lugar con su obra Sin título.

Esta obra plantea un potente imaginario visual y un espíritu narrativo abrumador. Esta obra extrañamente llamada Sin título, encierra multiplicidad de capas y complejos espacios orgánicos, que remiten a anatomías y plantas, también involucra citas culturales, religiosas y políticas. Esta pintura pertenece al mundo de los imaginarios líquidos, donde todo confluye culturalmente y está disponible sin categorización en el tesaurus de la cultura contemporánea.

Segundo lugar

El segundo lugar, Marcela Gana. Esta es una obra silenciosa y misteriosa, de melancolía y contemplación. Con un fondo marino indecifrable y perfilado bajo una trama de espuma, se puede percibir el juego de capas que la artista elabora para construir esta juego de falsa transparencia. Sobre la base de la tela se encuentra un fino

trabajo de manchas y aguadas, que simulan un roquerío, casi un coral submarino. En la segunda capa una cubierta de brochazos rápidos y burdos arman la superficie del mar con la espuma y el oleaje. Una gran obra.

Tercer lugar

El Dr. Andreas Kullak, docente de Clínica Alemana obtuvo el tercer lugar. Este singular assemblage rememora a sus símiles dadaístas de las primeras vanguardias, tomando elementos referenciales de la historia del arte. Si bien este es un estilo de trabajo muy recurrente para muchos artistas contemporáneos, el Doctor Kullak lo hace muy bien. Resulta muy interesante los recursos que usa, incluyendo piezas electrónicas y mecánicas combinados con cuentas de colores, dados y piezas de madera. Un detalle muy importante es la ventana que al mismo tiempo es la tapa de la caja, produciéndose un portal mágico y misterioso.



Arturo Duclos
Artista plástico

Primer Lugar



“Sin título”

Dr. Arturo Ayala
Docente Hospital Padre Hurtado, Facultad de Medicina C. Alemana UDD

Segundo Lugar



"Océano"

Marcela Gana
Asistente de Relaciones Institucionales UDD

Tercer Lugar



"Yo en la Ventana (Enventanado)"

Dr. Andreas Kullak
Docente Facultad de Medicina Clínica Alemana UDD.



Suplemento Revista Academia

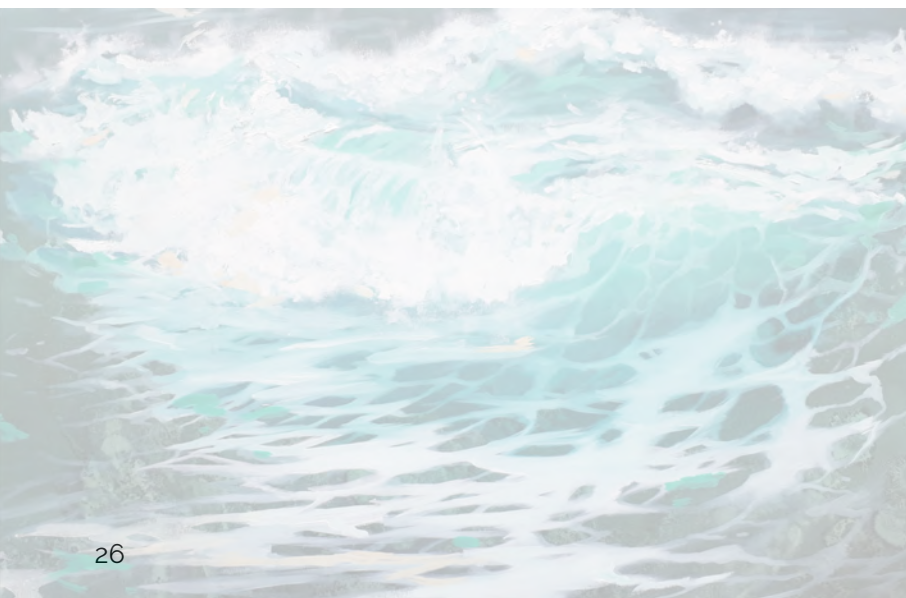
VIII

Concurso Artístico y Literario

Centro de Humanidades



Facultad de Medicina
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo



Av. Las Condes 12.438
Lo Barnechea, Santiago
Teléfono: (56 2) 23279100
medicina.udd.cl
academia@udd.cl